

ELENA GALLEGO ABAD

DRAGAL

III

LA FRATERNIDAD DEL DRAGÓN

ANAYA

DRAGAL
III. LA FRATERNIDAD
DEL DRAGÓN

Elena Gallego Abad

ANAYA

Título original: *Dragal III. A Fraternidade do Dragón*

1.ª edición: mayo de 2016

© Elena Gallego Abad, 2012, 2016
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta: Miguel Abad, 2012, 2016

ISBN: 978-84-698-0894-8
Depósito legal: M-6082-2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

CAPÍTULO I

Un sueño extraño

La sombra del dragón herido se licuó al contactar con la espuma que resbalaba por las paredes tiznadas de la vieja iglesia, pero el humo del incendio, mezclado con la niebla, escondió el fenómeno paranormal. Por eso, cuando la estatua cayó sobre el suelo enlodado, nadie se dio cuenta de que la sombra se movía, inquieta, bajo el ala desgarrada que se desprendió del dragón. Después, al anochecer, el espectro se mezcló entre los fantasmas.

Ahora, con los primeros rayos de un nuevo amanecer, la sombra del dragón despertó.

Toc, toc, toc...

Como sucedía todas las mañanas, aquellos golpecitos en la puerta eran la indicación de que ya había llegado el momento de levantarse de la cama. Y exactamente tres segundos después escucharía el eco de la voz de su madre en el pasillo.

—¿Cariño? ¡Vete despertando, que ya son horas!

Un tanto desorientada, Mónica se arrebujó entre las sábanas y buscó el reloj sobre la mesilla de noche. Allí, los dígitos luminosos le confirmaron lo que su madre le había advertido.

—¡Ya voy! —respondió, antes de esconder la cabeza bajo el edredón. En ese momento habría dado un mundo por disponer de cinco minutos más para disfrutar del agrado que sentía entre las sábanas calientes.

Como si le hubiese leído la mente, su madre hizo tamborilear de nuevo sus nudillos contra la madera.

Toc, toc, toc...

—¡Venga, Mónica, no me seas perezosa!

La muchacha soltó la almohada, se sentó en el borde de la cama para estirarse y colgó las piernas buscando sus pantuflas. Se sentía cansada y con la mente espesa, como si hubiese pillado un trancazo. Le costaba respirar, le picaban los ojos y notaba un extraño regusto en la garganta... Tenía todos los síntomas de estar incubando una gripe.

—Ya voy —murmuró sin fuerzas.

La chica se levantó muy despacio, procurando superar el vértigo. La siguiente señal de que algo iba mal fueron unos desagradables latidos en la zona frontal derecha de la cabeza.

«¡Lo que me faltaba, ponerme mala justo antes de las vacaciones de Semana Santa!», pensó entonces.

Mónica cogió la bata, una muda limpia y se encerró en el cuarto de baño para darse una ducha. Luchando contra el mareo que sentía, manipuló los grifos hasta que el agua alcanzó la temperatura exacta. Entonces se sumergió bajo el chorro y trató de recordar qué había cenado la noche anterior, que tan mal le había sentado. ¿Sería cosa de las chulas de calabaza? Aquellas tortitas que preparaba su madre eran deliciosas y siempre comía demasiadas.

Al contacto con el agua caliente, la bruma que generó el vapor se mezcló con el humo de su pesadilla. Mientras se lavaba el cabello, ahora embadurnado con cham-

pú, la chica recordó que aquella noche había tenido un sueño extraño.

La primera visión que se le vino a la cabeza fue la imagen de un retablo de la iglesia de San Pedro ardiendo. Al cerrar los ojos, casi podía sentir el calor de las llamas, mientras el rostro policromado de una de las figuras de madera se llenaba de bubas que después explotaban en diminutas llamaradas azules.

Para alejar el recuerdo, Mónica abrió el grifo del agua fría hasta los topes. Al sentir el líquido elemento, el fuego desapareció.

—¡Brrrr!

Aterida, salió de la bañera dando un brinco y, después de cerrar el grifo, cogió la toalla que aguardaba en el colgador. Entonces abrió la pequeña ventana de cristales biselados que daba al interior del patio de luces. La bruma del vapor desapareció de inmediato y con ella los recuerdos de aquella extraña pesadilla.

«Menos mal que solo se trataba de un sueño», pensó. De existir un infierno en alguna parte, por fuerza tenía que ser algo así.

Toc, toc, toc...

—¡Hija, apresúrate o perderás el autobús!

Las palabras de su madre y los rayos de sol que se colaron en el cuarto de baño hicieron que saliese de su trance y tomase conciencia del lugar en el que se encontraba.

—¡Sí, mamá, ya estoy lista!

Mónica se asomó entonces al interior del espejo, temerosa de encontrar algún rastro de las imágenes oníricas que tanto la habían perturbado. Pero no, en la superficie de vidrio solo apareció el rostro de una jovencita de cabello húmedo y ojos asustados, que iba a llegar tarde a clase como no se apresurase.

Sin tiempo que perder con el secador, optó por frotar su melena con la toalla y se recogió el pelo con una goma. Después se vistió a la carrera, entre un zumo de naranja y un tazón de leche con cacao, royendo un bizcocho mientras se ataba los cordones de las deportivas.

—¡Un beso! —se despidió de su madre para escabullirse escaleras abajo.

La muchacha llegó a la parada del autobús en un suspiro, a tiempo de coger el humeante vehículo, ya en marcha, antes de que cerrase sus puertas.

Como siempre, ocupó un asiento en las últimas filas y, ya acomodada al lado de una de las ventanas, posó la mirada en algún lugar impreciso del exterior. Luego, mientras el autobús recorría las calles conocidas, trató de hacer memoria.

Clon... clon... clon... clon... clon... clon... clon...

Su pesadilla había comenzado con el sonido de siete campanadas, de eso estaba segura. Siete campanadas del reloj de San Pedro y mucho humo, denso y con sabor a barniz. Al principio no conseguía avanzar en aquellos recuerdos ahumados. Si cerraba los ojos, los rayos de sol le atravesaban los párpados. Los vaivenes del autobús tampoco ayudaban a conseguir la concentración necesaria.

Aun así, sabedora de que los sueños están hechos de una esencia muy volátil, Mónica se sumergió de nuevo en aquella neblina. Estaba segura de que, si pensaba en otra cosa, se olvidaría de aquella pesadilla para siempre.

Las imágenes del sueño eran muy confusas, pero le pareció que se encontraba recostada sobre el suelo de la sacristía de San Pedro, tratando de protegerse de un incendio declarado en el interior de la iglesia. En sus manos llevaba la caja de madera decorada con el gravado de Dragal, en la que don Jorge había guardado el cristal

maestre. Sabía que tenía que protegerlo, pero no era capaz de moverse ni de respirar.

Un golpe de tos la obligó a regresar a la realidad del autobús en el que viajaba. El recuerdo era tan vívido que Mónica incluso podía apreciar el olor del humo en la cazadora que llevaba puesta.

La muchacha se sorprendió de la fuerza de su imaginación, pero, por suerte, la vida real seguía su curso rutinario. Las imágenes que podía ver a través de la ventanilla del transporte escolar, teñidas con los colores de la primavera, desmentían sus temores apocalípticos.

En la acera, varios niños caminaban de la mano de sus padres y madres, en dirección a la escuela. En el quiosco de la esquina, dos personas conversaban mientras compraban los periódicos del día. En el interior de un coche detenido en un semáforo, una mujer se arreglaba el peinado mirándose en el espejo retrovisor...

Más tranquila, sabiéndose cerca del final de su itinerario, la chica se concentró de nuevo en la pesadilla. Por la tarde, cuando fuese visitar a Adrián a su casa, tendría que contárselo con detalle.

Mónica se recostó en el asiento, haciendo memoria. ¿Su amigo también formaba parte de aquel extraño sueño? Sí, estaba segura. Y también don Jorge. Podía sentirlos a su lado, entre el humo, porque escuchaba las toses de ambos a través del ruido amortiguado de una sierra mecánica. Hacía calor, mucho calor y, de repente, sintió un contacto frío, el de aquel ser con mirada de reptil que surgió de ninguna parte.

—¡Dragal!

La muchacha se aferró a la carpeta y sofocó el grito que pujaba por salir de su garganta. Por suerte, nadie en el autobús se había dado cuenta de su sobresalto.

Ya estaban llegando a su destino. El vehículo detuvo su marcha en el último semáforo y Mónica recogió sus cosas para bajarse. Fue entonces, al girar en el cruce, cuando descubrió que la iglesia de San Pedro había sido víctima de un incendio.

—Pero qué demonios...



Los miembros de la Fraternidad de Dragal ya han iniciado el proceso para provocar la profecía que traerá al dragón de vuelta desde su desaparición en la época medieval. Para que los designios se cumplan, los siete caballeros tienen que reunir las claves de la Ciencia Secreta en la cripta subterránea y cerrar el círculo de la vida.

En la medianoche de la primera luna llena del equinoccio de primavera, la luz se filtrará hasta la cámara del dragón y el mundo de los muertos se unirá al de los vivos. Es el momento propicio para la resurrección.

Será entonces, con el brillo lunar, cuando se perpetúe la estirpe del dragón.

1578250

ISBN 978-84-698-0894-8



9 788469 808948